

# EL P. ADOLFO FERNÁNDEZ DÍAZ-NAVA, S.J. UN HOMBRE EN EL CAMINO

EUSEBIO GIL CORIA, S.J.

En el panorama de nuestra memoria quedan fijados rostros de personas, cuyo recuerdo nos hace revivir espacios de nuestra propia existencia marcados por el encuentro y la compañía de esas personas en un tramo del camino de nuestra vida. Siempre será recuerdo agradable y agradecido si, como en el caso del P. Adolfo Fernández Díaz-Navá, nos evoca un ejemplar de jesuita, en el mejor sentido que adquiere la palabra cuando se le define como un jesuita ejemplar.

Y son muchos a quienes alcanzó la presencia y acción del P. Nava, pues el ámbito en el que se movió preferentemente, desde que en 1960 comienza su actividad como profesor, lo constituyó el mundo de la Universidad Pontificia Comillas.

De León, donde había nacido el 28 de octubre de 1922, con casi 21 años llegaba a las puertas del noviciado jesuita de Salamanca en el año 1943. Había completado los estudios de Magisterio y los de Comercio en su ciudad y seguido en Madrid el curso preparatorio para ingresar en la Escuela de Ingeniería. Después de licenciarse en Filosofía por la Universidad Pontificia de Comillas, pasa a la Universidad de Valladolid, de la que saldrá, en 1951, con el título de licenciado en historia. Doctorado en Teología Moral por la Universidad Gregoriana de Roma en 1960, con la tesis: *El principio de totalidad en la doctrina del Cardenal Lugo*, ese mismo año comenzaba enseñando moral fundamental en la sede de la Vieja Comillas de Cantabria. Se abría su magisterio dentro de la atmósfera expectante y esperanzada que había creado el anuncio del Concilio hecho por el Papa Juan XXIII el 25 de abril de 1959. Perteneció el P. Nava a esa generación de teólogos cuyo mundo espiritual interior acogió las enseñanzas del Concilio Vaticano II como el ámbito propicio al desarrollo de su personalidad cristiana comprometida. Muestras de este nuevo talante son los artículos que en esta primera época de su magisterio publica en la *Revista Sal Terrae*, como «Castidad conyugal» (1964), que le acarrearía la crítica asustada de algunas voces timoratas; «Sensibilidad por la situación actual y la respuesta de la Teología Moral» (1966), «El matrimonio en la Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual» (1967), que reflejan el arranque existencial de su reflexión teológica.

\* \* \*

Pronto, en las tareas del P. Nava, las labores de formador y hombre de consejo comienzan a predominar sobre la dedicación docente. Ya en el curso 1964-65 aparece encargado de una labor tutelar con los estudiantes de Teología, como Prefecto de disciplina. En esta ocupación, que llenará gran parte de su tiempo a lo largo de sus días, aparecieron y desplegaron toda su eficacia las cualidades humanas del P. Nava como guía discreto y cordial acompañante. Un porte sobrio, que hacía pensar en un carácter austero en el primer contacto, ocultaba un espíritu acogedor que en la cercanía desplegaba su capacidad de atención, dispuesto a escuchar, renuente a la exhortación imperativa, y más propenso a la cercanía de la palabra amiga. No había en este su proceder nada de la condescendencia, que buscarse disimular un carácter no asentado. Al contrario, las actitudes de comprensión y acogida brotaban de una voluntad fortalecida por la interior clarividencia que, en quien se acerca a él, ve al prójimo, y por ello está dispuesto a hacerse compañero en el camino de cualquier viandante. Por ser fuerte podía ser magnánimo, lo que le permitía alargar la paciencia y ensanchar la tolerancia hasta el límite. Pero llegado al límite, sin rodeos, con la franqueza de carácter de su firme temple de leonés, cerraba el paso a todo intento de acuerdo por atajos oscuros.

Entre 1967-69 se completa el traslado de la Universidad, de Comillas a Madrid, que había comenzado en 1960, cuando se implantó en la ciudad la Facultad de Derecho Canónico. El P. Nava vino a Madrid en el año 1967 con el encargo de instalar un Colegio Mayor para los estudiantes de Teología. Se le confiaba una misión nada fácil. Tuvo que luchar contra la insuficiencia de medios, las imprevisões y la provisionalidad. Instalado el Colegio, en un principio, en dependencias del Colegio de Nuestra Señora del Recuerdo, en el distrito de Chamartín, se traslada en 1969 a un edificio del distrito de Moncloa. En el curso 1970-1971 se convertirá en Colegio Mayor Comillas para Filósofos y Teólogos. Era un albergue interino, con los requisitos mínimos para intentar crear una atmósfera de convivencia, que hiciese de aquel grupo humano una comunidad estudiantil de aspirantes al sacerdocio, que pasaban de repente, de un modo de vida llevado en internado, a saberse mover y no perderse en la barahúnda de la gran ciudad. La Institución universitaria trasplantada de la provincia a la gran ciudad desarrollaba sus actividades en instalaciones dispersas, en espera del campus definitivo en proyecto. Las dificultades y problemas que surgían en el día a día de la vida del Colegio se sumaban a la situación inestable de una Institución sin casa propia, como en esos momentos era la Universidad Pontificia Comillas. Todo ello refluía en el ánimo tanto del cuerpo profesoral como en el del alumnado, ambos trabajados íntimamente por las fuerzas disgregadoras que sacudían el cuerpo social de la Iglesia, en esos años de la década posterior al Concilio Vaticano II. En un magma social en ebullición se amalgamaban ideas y sentimientos con ilusiones exaltadas, que sobre todo entre el alumnado de

la Facultad de Teología generaba legítimas pretensiones de renovación. Pero en una parte de ese alumnado tales exigencias iban unidas a la repulsa sin matices de los modelos de vida en que habían sido hasta entonces iniciados, repulsa que ponía al descubierto las señales de crisis de identidad. Una crisis que invadía también a parte del profesorado. El curso 1971-1972 daba comienzo en una atmósfera tensa que desembocó en la huelga de los alumnos de la Facultad de Teología, y que se prolongó hasta el final del curso escolar. La huelga sorprendió sobre todo a las autoridades académicas. En la masa de profesorado y alumnos la huelga tuvo un efecto catártico: a un número no pequeño de alumnos el conflicto les había hecho ver que su proyecto de vida no pasaba por la teología, y algunos profesores constataron que la vocación intelectual era un campo mucho más ancho que la docencia. Pero como en todo conflicto, la huelga sacó a luz la calidad y el peso específico de los involucrados en él.

Especial incidencia tuvo la huelga en el Colegio, donde convivían estudiantes de teología con un número menor de estudiantes de filosofía. Una parte numéricamente mayor apoyaba la huelga; otra menor no la secundó. La discrepancia de postura no rompió la convivencia ni creó tensiones entre los colegiales. Desde el primer día de la huelga, el Director, en acuerdo con los miembros del equipo formador, se implicó en la marcha del conflicto de manera activa. Respetando las decisiones de los colegiales, se movió para que, dentro del Colegio, la vida siguiese en calma. Pudo mantener un clima lo suficientemente serenado, que permitió tener sesiones de discusión entre las partes en conflicto y en ningún momento interrumpió la comunicación recíproca sin recelos entre los colegiales y el equipo de Dirección. Con el curso 1972-1973 se retomaba la marcha regular de la Facultad de Teología en la nueva sede de Cantoblanco con un proyecto y una programación renovados. Dos cursos más tarde el Colegio Mayor Comillas inauguraba su definitiva instalación en el campus de Cantoblanco. Cuando al fin se había logrado vivir en casa propia y se esperaba gustar el reposo del hogar hubo de afrontarse la borrasca de una insurrección de parte de los estudiantes del Colegio. Otra vez hubo de acudir el P. Nava a su caudal de paciencia que le hacía capaz de soportar el desorden y seguir sus vaivenes sin que el conflicto se le fuese de las manos. Al final una decisión firme con los animadores del conflicto hizo volver a su cauce la vida en el Colegio. Al final del curso 1978-1979 el P. Nava dejaba la dirección del Colegio. Un equipo nuevo tomaba las riendas del Colegio con el propósito de ensayar rumbos más acordes con lo que se concebía como señales de tiempos nuevos.

\* \* \*

Pero el P. Nava no se alejaba del mundo de la universidad. El 27 de julio de 1979 era nombrado Secretario del Provincial de España y Superior de la Residencia de Provinciales de la Avenida de la Moncloa n.º 6. Un destino muy acorde con una de las cualidades más salientes que poseía, y que se unía a su capacidad de análisis y conocimiento de las personas: el don de consejo. Tres años estuvo desempeñando esta tarea, y en septiembre de 1982 pasa a la Residencia de la calle Moncloa n.º 8 con un nuevo nombramiento en la Universidad: Adjunto al Rector para las relaciones externas de la Universidad. Un puesto, que le asignaba en aquel momento como tarea primordial la de coordinar todo el proceso de trasformación de la Escuela de Asistentes Sociales, que desde 1954 venían regentando las Hijas de la Caridad, en Escuela Universitaria de Trabajo Social de la Universidad. El P. Nava será el primer Director de la Escuela. La dirigirá durante ocho años, al frente de un equipo de colaboradores y profesores que muy pronto elevaron la Escuela a cotas de calidad académica notable. Pero sobre todo, la Escuela fue un lugar de encuentro donde el respeto de los profesores por los alumnos cimentaba la transmisión de saberes y valores y creaba un espacio de cercanía y calidez humana, el medio óptimo donde practicar el ideal universitario: ir aprendiendo, en el intercambio de unos y otros, a ser mejores día a día.

\* \* \*

En el curso 1983-84, vuelve el P. Nava como Director del Colegio Mayor de Canto Blanco. No se habían hecho realidad los objetivos intentados con el equipo que, cuatro años antes, se había puesto al frente de la dirección. Este espacio de tiempo resultó ser un paréntesis que urgía cerrar para que el Colegio recobrara su antigua andadura. La vuelta del P. Nava era una tácita confirmación de la vigencia del trabajo realizado en su primera etapa. Y él volvía de nuevo, sin que nada en su continente dejara traslucir si sus deseos hubiesen esperado otros destinos. Era una tarea que le encomendaban, y él la acogía como un servicio, que en él se realizaba mediante la solicita y continua dedicación al trabajo encomendado. Sus sentimientos personales quedaban en otra esfera, allí donde, por decirlo en palabras del Cardenal Newman, están solos «mi Creador y yo». Una constante en la actividad del P. Adolfo fue la discreción. Habrá quien piense que había en esta discreción su parte de complacencia en saberse poseedor de secretos que le otorgaban dominio sobre las vidas de los demás. Nada más lejos de la realidad. La discreción era fruto de una elegancia espiritual conseguida en una vida que había tomado en serio la invitación a seguirlo de aquél que dijo: «no he venido a ser servido, sino a servir». Adolfo era un ser humano que estaba siempre en disposición de dar de sí mismo, sin buscar la reciprocidad. Era, sin duda, un iniciado en lo que los viejos maestros espirituales llamaron la «discreta

charitas». Quedará desconocida la dimensión de su liberalidad, porque había conseguido la destreza de que no se enterase su mano izquierda de lo que hacía su derecha, e incluso hubo veces que la izquierda actuó sin que la derecha lo supiese. Y porque no dio para que le devolvieran, se encontró y pudo gustar la reciprocidad de los mejores. Adolfo gozaba íntimamente de la amistad, y recibió el cariño de muchos en todos los ambientes en que se movió, el familiar, los lugares donde ejerció sus actividades, los encuentros ocasionales que se consolidaban en hondas amistades.

No hay duda de que en las tareas que los superiores le encomendaron, la discreción tuvo un peso decisivo, seguros de que ninguna vanidad quebraría la confianza puesta en él. Era, por eso, el hombre adecuado para ciertos encargos nada brillantes al exterior, que pedían, por lo mismo, una fidelidad abnegada. Entre éstos se pueden contar: el puesto de Consiliario y Secretario de la Asociación de Antiguos Alumnos Unión Fraternal. A su tésón y el del entonces Presidente de la Junta D. Ángel Pérez Delgado se debe la publicación del Catálogo de los Miembros de la Unión en mayo de 1993, como recuerdo del primer centenario de su fundación. El 4 de septiembre de 1997 fue nombrado Vice-postulador de la Causa de beatificación y canonización del P. Manuel García Nieto, sucediendo al primer Vice-postulador, el P. Benigno Hernández. En abril de 2003 entregaba al Postulador General P. Paolo Molinari, en Roma, la relación de la *Positio super vita, virtutibus et fama sanctitatis* del P. Manuel García Nieto. De mucha más responsabilidad fue su trabajo como Adjunto a la Secretaría de la Nunciatura en los años decisivos en que fue Nuncio Monseñor Luigi Dadaglio. Quienes convivimos con él, en esos años en que se gestaba el futuro inmediato de las relaciones Iglesia-Estado, aprendimos que la llave de la confianza en una persona es: Cuándo hay que saber cerrar los labios. Esa confianza que, sin duda, generó pronto la franca amistad entre el P. Nava y el Secretario de la Nunciatura Dante Pasquinelli y se extendió al mismo Nuncio. En la frase con que años más tarde, estando ya en Roma, se refirió Monseñor Dadaglio a España: «España es difícil, pero inolvidable», la figura del P. Nava, sin duda, estaba en la pervivencia de lo inolvidable de la memoria de quien lo había tenido como colaborador.

\* \* \*

Rebasados los 75 años, había llegado el momento del retiro, y el P. Nava marchó a Salamanca. Allí continuó su labor de Vice-postulador de la Causa del P. García Nieto, y pronto aceptó la petición de ayudar en la Parroquia de la Anunciación. Pero la vida en comunidad tiene muchos servicios, y él escogió sin más, entre otros, atender la portería de la casa en horas de soplencia. Y ocupado en servicio le llegó, en un sereno atardecer de la vida,

el momento del examen para el que se había con creces preparado, el 25 de junio de 2009. En la memoria evocativa queda, en muchos de nosotros, la figura de un hombre fiel a sí mismo, y por ello, impulsor de fidelidades, una persona de la que nos alegramos haber encontrado y habernos acompañado en un tramo del camino de nuestra vida.